

ENCUENTROS

PROFESIONALES

«Asumir y abrazar la identidad migrante, tu vulnerabilidad, te hace ver el mundo de otra manera»

Elisa G. McCausland

¿Qué te motivó a salir de España en el plano laboral? ¿Por qué Canadá? Cuéntanos un poco de tus motivaciones.

En el momento lo viví como una expulsión, como una obligación, no como una opción. La cosa estaba así: yo finalizaba en 2011 mi primera beca postdoctoral. No había ninguna convocatoria a la vista para ninguna plaza, debido a los recortes. Entonces sólo tenía dos posibilidades: olvidarme de mi carrera investigadora y buscar trabajo de cualquier cosa fuera de la academia, o intentar hacer tiempo y méritos a la espera de que la cosa se desbloqueara en España. Algunas de las ayudas que se pueden pedir tienen muy en cuenta que hayas pasado un mínimo de dos años como investigador en el extranjero. Salió la posibilidad de hacer una segunda beca postdoctoral en Canadá y, tras mucho pensarlo, me fui para allá.

Podría haber sido cualquier otro lugar, se trató simplemente de una cuestión de oportunidad; de que un investigador reputado en mi campo necesitara un investigador postdoctoral. De hecho, fue muy costoso a nivel personal, sobre todo por la distancia; por el hecho de que sólo pudiera ver a mi familia una vez al año. Por no hablar de vivir en otro huso horario, siendo lo más difícil la situación con mi pareja. Él decidió dar un salto al vacío, dejar su trabajo en Barcelona y empezar desde cero en Canadá, en una profesión completamente desvinculada de sus estudios. Por supuesto, tras nuestro retorno —cuatro años después— le ha tocado volver a empezar de nuevo. Siempre estaré en deuda con él por ello.

En la parte positiva, señalar que muy probablemente Quebec esté más cerca culturalmente de Cataluña que Alemania o Estados Unidos; además de que, en mi caso, me podía defender en el día a día en francés, que manejo mejor que el inglés.

¿Cuál había sido tu formación hasta el momento? ¿Qué comparación podrías hacer entre ambas experiencias en el ámbito de la universidad, tanto en España como en Canadá?

Mi formación hasta el momento —principios de 2012— era: una licenciatura en Ciencias Políticas, dos másters, un diploma de extensión universitaria y un doctorado, además de una decena de cursos especializados en estadística para las Ciencias Sociales. Absolutamente todo becado, es decir, sufragado por el Estado. Lo preciso para que el lector eche cuentas de lo caro que nos sale a todos formar a alguien durante tantos años para que tenga que buscarse la vida en otro país o en la empresa privada.

Sobre la segunda pregunta, me resulta difícil responder de manera precisa pues, aunque disfruté una beca postdoctoral, no podría decirse que me formara allí. El sistema que experimenté es mucho más exigente

con los doctorandos, que se ven continuamente examinados y presionados para producir una tesis dentro de unos plazos estrictos. Un sistema competitivo, donde se fomenta el individualismo. Pero no me atrevo a generalizar porque me temo que lo que yo viví también depende de la cultura departamental y de la propia universidad.

También fui testigo de una huelga de estudiantes muy severa en la que, por el contrario, me dio la sensación de que los estudiantes estaban bastante consentidos: se les puso todas las facilidades para hacer una huelga larguísima a coste cero, sin perder las clases ni las evaluaciones.

En el tiempo que estuviste en Canadá, ¿cómo fue tu experiencia vital? ¿Qué destacarías a nivel laboral en general? ¿Te fue difícil aclimatarte?

Fue muy difícil para mí. Analizándolo con frialdad podría decirse que mi mala experiencia se debió a una conjunción de factores. En primer lugar, el shock cultural. Yo venía de un grupo de investigación muy horizontal y bien avenido, y aterricé en uno «diferente». En segundo lugar, la experiencia migratoria fue muy dura el primer año. Canadá tiene fama de ser la opción amable si lo comparamos con Estados Unidos, pero, en muchos sentidos, no tiene nada que envidiarle. El estatus de un trabajador temporal —el mío— es muy precario, y depende totalmente de la persona que le está dando cobertura —su jefe—. Un conflicto a nivel laboral puede dar lugar a un despido, éste provocar automáticamente la pérdida de estatus, la expulsión, y si hay más personas implicadas —la pareja que ha venido con un permiso de trabajo ligado al tuyo, que es el primario—, un éxodo de toda la familia. En mi caso, además, viví nada más llegar la negación del permiso de trabajo de mi pareja, así que me pasé siete meses sola, sin amigos y con un invierno que dura seis meses. Cualquier desplante o mala palabra me afectaba sobremanera. Cuando por fin me reuní con mi pareja —y él superó su propio periplo para conseguir un trabajo allí—, las cosas empezaron a mejorar; pero el daño, la sensación de que la sociedad de acogida «te debe algo», ya estaba hecho. El punto de inflexión —a mejor— fue cuando rompí mi propia norma de no buscar amigos españoles. Al año y tres meses exactos de llegar me presenté en un grupo de españoles «indignados» y empecé entonces —a nivel personal— una de las mejores etapas de mi vida.

Canadá tiene fama de ser un país acogedor, con un Estado del Bienestar que apenas hemos desarrollado en España. ¿Fue esta tu percepción? ¿Qué puedes comentarnos del estatus de los emigrados, por ejemplo? Sus derechos y deberes.

En 2011 cambió la ley que hace más frágil la situación de un inmi-



Carolina Galais

Entrevista

polítóloga
investigadora
y docente



grante temporal. Piensa que en la mayoría de los casos vas con un permiso cerrado, para un único trabajador, y tu vida está literalmente en sus manos. Por ponerte un ejemplo, no puedes sindicarte. En mi caso —con una beca—, no tenía baja por enfermedad, ni maternidad; dependía de la buena voluntad de mi empleador. Además, nos asociamos a colectivos de inmigrantes latinos y vivimos auténticos dramas en los sectores agrícola y ganadero.

Sanidad pública hay, claro, pero yo la vi lenta y saturada. Nuestro estatus nos cubría parte del servicio, pero no todo. Por ejemplo, los medicamentos había que pagarlos al 100%. Si no tenías estatus por lo que fuese —refugiado a la espera de que se resuelva tu caso, permiso de trabajo caducado—, tenías que recurrir a Médicos Sin Fronteras, en el mejor de los casos. Acudir por Urgencias implicaba una factura que bien te podría arruinar la vida.

En tanto que trabajadores temporales, la situación está limitada a cuatro años de permisos. Después, o pides la residencia, o te marchas. Cumplido este tiempo, decidí que, aunque aquello tenía cosas buenas, no iba a pasar las penurias de pedir la residencia. Es un proceso caro, largo y complejo en el que, además, te encuentras bastante sola.

¿Qué puedes contarnos de tu experiencia en particular como profesional cualificada? Dificultades administrativas, homologaciones necesarias, etc.

Todo lo relacionado con eso lo viví bastante mal y creo que hubiera sido peor si hubiera pretendido quedarme allí. Por ejemplo, viví bastante desprecio hacia mi formación por mi país de origen, que muchos consideraban inferior, y eso que había entrado en el postdoctorado. Si hubiera saltado al mundo laboral directamente, tendría que haber homologado mis títulos y eso supone dinero, tiempo y esfuerzo: volver a pasar los exámenes en un idioma extranjero. Cuando ves que títulos franceses y belgas —en muchos casos menos exigentes que los nuestros— se convalidan automáticamente por una cuestión de tratados

bilaterales, el enfado es obvio. A esto hay que añadirle dificultades administrativas y mejorable atención del Consulado de España.

¿Qué perspectiva consideras que aportaste y qué te has traído de vuelta a España?

Puede parecer contradictorio, pero mi experiencia allí es de lo más potente e importante que he vivido. También lo malo. Asumir y abrazar la identidad migrante, tu vulnerabilidad, te hace ver el mundo de otra manera. Un mazazo muy potente que me llevé, por ejemplo, fue darme cuenta de mi opresión como mujer. Ante todas las complicaciones que vivía empecé a preguntarme: ¿cuánto de todo esto tiene que ver con mi condición de mujer y cuánto con mi condición de migrante de un país del sur de Europa? A raíz de eso me vi muy implicada en colectivos de lucha por los derechos de los inmigrantes y también de las mujeres. Eso no tiene precio, esas gafas no me las quito en la vida.

Más cosas positivas: viví una segunda juventud; y no me refiero al hedonismo, sino a empezar de cero y tener que trabar redes, amistades, desarrollar aficiones, inventar recursos... todo como si tuvieses diecisiete años de nuevo y estuvieras en pleno proceso de construcción de tu identidad. Los retos que íbamos solventando —desde dónde comprar los alimentos a cómo reparar una avería o cómo protegerse del frío— nos hacían más autónomos y fuertes. A nivel personal, las relaciones que haces en una situación de vulnerabilidad —la inmigración— no tienen nada que ver con las que haces en tu zona de confort. Mis amigos allí, a los pocos meses de conocerlos, eran más que familia. Eran tribu. Volver y darte cuenta de que no vas a poder desarrollar ese tipo de relaciones en tu ciudad de origen pone muy triste.

Sobre aportar allí, con los amigos y tus redes, se da una cosa muy bonita: automáticamente la gente pone sus experiencias y habilidades en una especie de bolsa invisible y se van usando esos recursos

y generando más. Al poco de tener amigos españoles ya me puse a dibujar o a dar charlas sobre sistemas políticos en este contexto, el de compartir habilidades entre todos.

¿Cómo era la comunidad española con la que te relacionaste? ¿Se percibía un éxodo investigador/universitario? ¿Cómo ves la situación ahora que has regresado? ¿Sigues en contacto?

La comunidad que formamos era maravillosa. Pero no era representativa del conjunto de españoles en Montreal en ese momento. Mucha gente, la mayoría, no había asumido su condición de inmigrantes. Se llamaban a sí mismos «expats» —expatriados— y disfrutaban de la vida hasta que caducase su beca, su estancia... y de vuelta a España, o hacia el siguiente destino. Otros tenían una vía a la residencia más fácil —matrimonio con un local—, y tampoco se hacían cargo de lo que implicaba ser inmigrante.

Nosotros, en cambio, nos reunimos en torno a la Marea Granate —colectivo transnacional y apartidista formado por emigrantes del Estado español y simpatizantes, cuyo objetivo es analizar las causas que han provocado la crisis económica y social que les ha obligado a emigrar—, con objetivos claros de lucha y requerimientos tanto al gobierno canadiense como al español. La mayoría de nosotros teníamos títulos superiores y había un sentimiento de frustración con España por no haber podido desarrollar las perspectivas personales y profesionales aquí; pero no sólo era eso.

Por supuesto que sigo en contacto con todos ellos. Como te digo, una de las revelaciones que he tenido con toda esta experiencia es que se pueden hacer «mejores amigos» casi en la cuarentena ya.

Nos interesa la perspectiva que pudiste extraer de las profesiones, y los profesionales, mientras estuviste allí. ¿Se trabaja desde una perspectiva multidisciplinar? ¿Como se ve España desde Canadá?

¿Multidisciplinar? Ojalá. En ese sentido, allí funcionan como aquí, aunque tienen más cuidado en establecer redes entre equipos de distintas instituciones —también de fuera del ámbito académico—; lo que se premia a la hora de pedir ayudas.

En cuanto a la percepción de España, mi vivencia probablemente no es representativa. Viví el desprecio de algunas personas. Fuera de la academia también había una clase trabajadora nacionalista quebecois que vivía como una amenaza todo lo que no fuera francófono, y empezaba a calar el discurso antiinmigrante —aunque Canadá tenga una tasa de paro estructural— así que, sí, nos metían en el mismo saco a españoles, portugueses, marroquíes y latinos. En una reunión con el embajador los jóvenes de mi grupo le trasladamos precisamente esto, que un sector de la sociedad nos veía como a una amenaza —«nos quitan los trabajos», «vienen a chupar del erario público»— y hubo una reacción exagerada y negativa por parte de los diplomáticos y de los españoles que llevaban allí desde los años 50. No querían verlo porque no querían asumir que éramos el resultado de un flujo de inmigración económica detonado por una crisis —igual que la inmigración que España ha recibido desde los 2000—. Estaban más cómodos con el discurso del joven emprendedor, valiente, aventurero.

Sobre la profesión, ¿qué investigaciones se priman en Canadá, en qué proyectos participaste y en qué centraste tu labor allí? ¿Diferencias con España en la manera de abordar las materias?

Estudí fenómenos electorales y, más concretamente, el origen y las causas del sentimiento del deber de votar. Es decir, por qué algunas personas —la abrumadora mayoría en el caso de Canadá, ni la mitad de la población en el caso español— piensan que votar es un deber cívico. Allí consideran que la Ciencia Política está más cercana a la Economía que a la Sociología, u otras Ciencias Sociales, y eso se traduce en una glorificación de los métodos cuantitativos, cuanto más complicados mejor. Lo cual está muy bien, yo estoy especializada en métodos cuantitativos. Pero luego veías estudiantes de doctorado o de máster que no se volcaban ni en la escritura ni en la lectura; eludían hacerse preguntas, pensar cómo responderlas. Preferían ir a la ecuación directamente.

¿Cuál fue la razón de tu retorno? ¿Ha estado relacionada con lo laboral, lo cultural, lo personal?

El último año allí ya tenía la vista puesta en lo que surgiera en España, puesto que no teníamos intención de pedir la residencia y el permiso de trabajo iba a caducar. Con nuestra edad, pedir una residencia —además de todas las dificultades que te he comentado— significaba tener hijos canadienses. Sin redes familiares de apoyo. Tuve la suerte de que surgió la oportunidad de hacer una tercera beca postdoctoral, y para aquí que me volví.

Quitando mi experiencia con algunas personas, al final teníamos unas redes tan densas y maravillosas, un ocio tan rico, una militancia tan fructífera y satisfactoria, la ciudad la sentíamos tan nuestra que lo lógico hubiera sido pedir esa residencia. Más teniendo en cuenta que mi compañero sí vivió el sueño americano. Empezó trabajando en su lugar de trabajo ideal, ocupando el nivel de menor estatus y, en menos de un año, estaba dirigiendo. Pero queríamos volver con nuestras familias, a una sociedad donde todo no fuera tan difícil por nuestra condición de inmigrantes alófonos. Yo, en especial, lo hubiera tenido muy difícil para buscar un trabajo después de la beca.

El Consejo Nacional de los Ilustres Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias pregunta: ¿Cómo es el sistema de formación y selección del profesorado en Canadá?

En principio yo podía competir por una plaza de profesora allí, ya que accediendo como becaria postdoctoral no se ponía en duda mi formación previa —cosa que sí habría ocurrido en una competición fuera de la academia—. De hecho, tuve un par de ocasiones de presentarme a concursos en Canadá y no lo hice, además de porque me costaba visualizarme viviendo allí más de cuatro años, por dos motivos. El primero, la normativa *quebeois* blinda a los locales en una competición por un puesto de trabajo con un extranjero. Eso quiere decir que, en igualdad de condiciones, el *quebeois* tiene preferencia. El segundo motivo, el papel de las redes sociales en el proceso de reclutamiento, denominado recomendación, o redes de confianza.

Esto se traduce en que aquél que no tenga padrinos, no conseguirá una vacante, ni entrará a ser valorado con los mismos parámetros que otra persona recomendada. En mi opinión, este sistema no debería exportarse.